

El fin de Fagin

Los miembros del jurado volvieron a la sala del tribunal, de la que habían salido poco antes para deliberar en privado. La muchedumbre que abarrotaba la galería clavó su vista en Fagin, que estaba de pie, encorvado sobre la barandilla del estrado, completamente abstraído. Llevaba la cabeza vendada porque el día de su detención el gentío le había arrojado objetos de todo tipo, y uno de ellos le había abierto una brecha en la frente. Y, aunque parecía inofensivo, su estampa seguía resultando algo inquietante a causa de su enmarañado pelo rojo y el resplandor temible de su mirada.

En medio de un silencio sepulcral, el presidente del jurado ocupó su sitio, miró alternativamente al juez y a Fagin y con voz rotunda dictó su veredicto:

—El jurado ha decidido que el acusado es... ¡culpable!



La multitud recibió la sentencia con gran alegría. Entonces, el juez se colocó el birrete negro¹ y anunció:

—El reo será ahorcado el lunes al amanecer.

—Van a ahorcar a un viejo... —murmuró Fagin, con la mirada perdida—. A un pobre viejecito...

—¡Despejen la sala! —ordenó el juez.

La celda en la que recluyeron a Fagin era minúscula, muy fría y muy oscura. «¡Van a colgarme, van a colgarme...!», se decía el viejo mientras se palpaba el cuello con una mirada horrorizada. A lo largo de su vida, había visto morir a muchos conocidos en la horca, pero nunca se había imaginado que a él le esperaba aquel mismo final.

Los días siguientes fueron largos y aburridos. Fagin contaba con angustia las horas que le quedaban de vida. Apenas logró dormir, pues no podía quitarse de la cabeza la imagen de la horca. Por fin, llegó el domingo, el día de la ejecución. Amaneció y, conforme pasaban las horas, el miedo de Fagin fue creciendo. Las ocho... Las nueve... Las diez... ¡Las once!

De pronto, sonó la voz del carcelero, que decía:

—Fagin, tienes una visita.

—¡Pues que le parta un rayo! —replicó el viejo judío—. ¿Por qué vienen a molestarme?

Antes de que Fagin siguiera despotricando,² entraron en la celda los dos visitantes: eran Oliver y el señor Brownlow. A Fagin se le iluminaron los ojos, como si de pronto hubiera encontrado una esperanza de salvación.

1 En Inglaterra, el juez se colocaba un **birrete negro** cuando se disponía a dictar una sentencia de muerte.

2 **despotricar**: hablar sin consideración, insultando o maldiciendo.

—¿Dónde están los papeles que Monks te dio? —preguntó el señor Brownlow nada más entrar.

—¡Oh, mi querido Oliver! —exclamó Fagin—. ¡Ven, acércate para que pueda verte bien!

—¿Dónde están los papeles? —insistió Brownlow.

—Los papeles —susurró el viejo al oído de Oliver— están en una bolsa de lona, escondida en un agujero de la pared junto a la chimenea, en la casa donde te acogí, mi queridísimo Oliver. Los guardé muy bien, para que no se perdieran. Pero deja que te diga algo...

Fagin se levantó del banco de piedra donde estaba sentado y, apoyándose en el hombro de Oliver, dijo:

—Hablares mejor afuera —y añadió para que sólo el niño lo oyese—: Vamos, no te pares. Si disimulas, podremos salir y echar a correr, y te daré una parte de mi tesoro y los papeles que quieres y... Vamos, más deprisa, más deprisa...

Estaban ya en el pasillo cuando el carcelero agarró a Fagin desde atrás y, tras obligarlo a soltar a Oliver, lo empujó hacia el interior de la celda, tras lo cual cerró la puerta bien cerrada.

—Un viejo, un pobre viejecito... —se lamentaba Fagin.

Cuando Oliver y el señor Brownlow salieron a la plaza, la encontraron llena de gente que no quería perderse un solo detalle de la ejecución de Fagin. En el centro de la plaza se levantaba el patíbulo⁴ con la horca, en la que se balanceaba la soga.

Mientras, en su celda, Fagin seguía diciendo:

—Un viejo, un pobre viejecito...

3 **patíbulo**: tablado sobre el que se ahorca a una persona.

Epílogo

A los dos meses del ajusticiamiento de Fagin, todas las voluntades que el padre de Oliver había manifestado en su testamento se habían puesto en ejecución.

Monks, manteniendo ese fingido nombre, se retiró a algún rincón perdido del Nuevo Mundo donde, al cabo de no mucho tiempo, fue encarcelado y murió en prisión.

Oliver recuperó su fortuna y el apellido de su padre, y fue adoptado por el señor Brownlow.

El señor Grimwig tuvo que soportar durante toda la vida las bromas de su amigo por lo mucho que se había equivocado al afirmar que Oliver no regresaría. Para defenderse, el señor Grimwig golpeaba el suelo con su bastón y gruñía:

—¡Pero yo tenía razón! ¡Tardó más de diez minutos en volver!

El señor Noah Claypole obtuvo el perdón del jurado por declarar en contra de Fagin. Considerando que el crimen no era una profesión segura, decidió dedicarse al sector de la información, así que empezó a trabajar como confidente de la policía, lo que le permitió prosperar mucho.

El señor y la señora Bumble, privados de sus colocaciones, fueron cayendo gradualmente en la miseria, y acabaron internados en el mismo hospicio para pobres que un día habían regentado.

El *maestro* Charley Bates quedó tan horrorizado por el crimen que había cometido Sikes que decidió dedicarse a actividades

más nobles y saludables. Sufrió bastante pero, tras trabajar de mozo de un granjero y de un carretero, acabó siendo el ganadero más joven y alegre de todo el condado de Northampton.

Cuando cumplió su pena, Jack Dawkins, en otro tiempo conocido como el *Marrullero*, decidió probar suerte en Australia, donde prosperó gracias a una serie de provechosos negocios que le dieron renombre más allá de los mares.

En cuanto a Brittles y el señor Giles, siguieron trabajando juntos, unas veces en casa del señor Brownlow, otras en casa de la señora Maylie, hasta el punto de que ni siquiera los lugareños sabían decir con seguridad en cuál de las dos casas vivían aquellos peculiares compañeros.

La mano que traza estas líneas se agota, pero no quiere dejar en el olvido un pequeño detalle. Junto al muro exterior del altar de la pequeña iglesia de un pequeño pueblo de Inglaterra, reposan los restos de aquellos que morían en el hospicio público del lugar. Hay allí una pequeña lápida de mármol blanco que tiene grabada una única palabra: AGNES. Mientras vivieron, y vivieron muchos años, Oliver y Rose visitaron aquella tumba con frecuencia. Y allí sigue todavía, como una insinuación de que el amor puede ser más poderoso que la muerte.

